



**os intelectuales
y la política**

*Recibido el 18 de septiembre de 2008.
Aprobado el 20 de abril de 2009.*

Jorge Giraldo Ramírez¹

¹ Doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT. Dirección del autor: calia@une.net.co.

Resumen

El propósito básico de este texto es la exposición de algunas líneas reflexivas en torno al debate académico referido al problema del clima intelectual predominante en el actual contexto colombiano, aportando argumentos para retroalimentar la interlocución y confrontación con las tesis planteadas por Eduardo Posada Carbó al respecto y con el apoyo referencial en algunas sugerencias de los filósofos Isaiah Berlín y Michael Walter.

Palabras clave

Intelectual, Poder, Ciudadanía, Estado.

Abstract

The basic purpose of this text is to explain and reflect upon the various arguments concerning the academic debate about the predominant intellectual atmosphere of this issue in its actual Colombian context. It will contribute arguments to feedback the dialogue and confront the thesis raised by Eduardo Posada Carbo about it . and will be supported by references from material including some suggestions by the philosophers Isaiah Berlin and Michael Walter.

Key words

Intelectual, Power, Citizen, State.

Introducción

Me siento obligado a referir mis comentarios a la tesis que ha motivado esta reflexión. La debemos a la preocupación de Eduardo Posada Carbó por el problema del clima intelectual predominante en Colombia y se expresa de forma programática en la necesidad de un “nuevo” clima intelectual. Ello, por supuesto, suscita de inmediato la pregunta acerca de cuáles son entonces las características de ese clima. Ese es el propósito de este artículo y para cumplirlo señalaré en principio los que son, a mi modo de ver, los principales síntomas de la postura dominante en la intelectualidad colombiana y después intentaré una interpretación sobre los orígenes y los postulados que la sostienen.

Quiero sugerir unas líneas que toman en cuenta algunos elementos del debate académico sobre el asunto y que por tanto serán generales, pero procuraré articularlas con el panorama colombiano actual para que se pueda decir de ellas que son también ideas situadas o conectadas con nuestra realidad. Me apoyaré en la primera parte en algunas sugerencias de un filósofo vivo y, en la segunda, en otras de uno muerto. El primero es Michael Walzer y el segundo Isaiah Berlin. No se trata de una lectura a partir de ellos, sino simplemente de un recurso utilitarista de mi parte que además me sirva de bastón psicológico para terciar en esta discusión.

Antes de entrar en el asunto me parece necesario detenerme un poco en la definición del intelectual. Se me ocurren tres propuestas. Una que hiciera el escritor mexicano Gabriel Zaid (1991): Intelectual es aquel que “opina en cosa de interés público con autoridad moral entre las élites”. Otra del profesor argentino Carlos Altamirano (2006): intelectuales son “quienes forjan las definiciones sobre los grupos y las categorías sociales” (p. 14). Una tercera, más general aunque con una exclusión significativa es la de Antonio Caballero (2006): es “un ciudadano que opina libremente, y públicamente, sobre lo público; pero que no es un político”. Se puede apreciar ya que las definiciones recurrentes aluden más bien a la función que a una definición propiamente dicha, pero eso basta para encarar una discusión sobre el papel de los intelectuales. Basta sobre todo si retenemos bien los elementos comunes de la función, es decir, opinión pública sobre lo público.

Esta definición desde la función tiene la virtud de no exagerar el componente normativo de la misma. Muchos excluyen de la esfera intelectual al personaje acrílico aquel, llamémoslo turiferario por razones de rima, a quien se le ha de oponer el contestatario. Walzer (1993) condenaría a ambos. Al primero por renunciar a una función que desde la Ilustración parece consustancial a la figura, al segundo porque en su opinión “la oposición absoluta es una especie de mala fe” (p. 232).

Dije que abordaría primero los síntomas para luego intentar alguna interpretación.



Los síntomas

Comienzo por los síntomas y los presento según las actitudes que detecto respecto a los principales protagonistas de la vida política y social. No quiero dejar la impresión de que esta mirada sea categórica, sólo quiero destacar con ella la importancia que para la vida social tiene el comportamiento de los diversos agentes y la mayor o menor voluntad que inculcablemente está detrás de toda libertad de acción y muchas decisiones.

Atiendo cuatro agentes principales: los internacionales, los grupos privados, la ciudadanía y el gobierno.

El gobierno

La idea con la que nació la intelectualidad moderna se puede describir como una suspicacia irreductible frente al poder. Por supuesto, en los tiempos del absolutismo esa presunción de culpabilidad recaía siempre en el poder político que monopolizaba, o eso quería, las palancas básicas de la cosa pública, la economía, el derecho y las ideas. No es raro que la intelectualidad europea de ese entonces estuviera convencida de que la sociedad era buena y el Estado malo o, en palabras de Paine, que la sociedad resultaba de la regulación de nuestras necesidades mientras el Estado lo era de nuestros vicios.

Mientras el Estado ha sufrido una completa transformación desde entonces, pasando a ser Estado de derecho y Estado social y democrático, la actitud intelectual tiende a olvidar su nuevo carácter. En la medida en que el Estado sigue siendo un centro de poder fuerte esta conducta parece ser necesaria. Pero a finales del siglo XX el valor social de la institucionalidad dejó de ser un criterio reaccionario y fue ya un común denominador de todas las vertientes modernizantes.

En un país donde todo colombiano es ya antigobiernista antes de ser bautizado, la actitud intelectual de actuar siempre a la enemiga frente a los gobernantes es superflua.

Los grupos privados

El gran desacierto surge precisamente cuando se cree que el poder es sólo gubernamental. Esta convicción va en contravía de todos los diagnósticos contemporáneos que señalan que el mundo político ha dejado de ser ya un mundo newtoniano compuesto exclusivamente de los Estados como grandes cuerpos políticos y es un mundo einsteniano en el que otras fuentes de poder surgen en competencia para opacar, subyugar o reemplazar al Estado.

Hoy no es extraño hablar de una galaxia de poderes privados que se han reemplazado al Estado como principal fuente de los males que padecen los ciudadanos. Háblese de violencia, corrupción, contaminación ambiental, manipulación informativa, abuso del monopolio, conculcación de derechos, la primera fila de los responsables suele estar ocupada por mafias, empresas multinacionales, empresarios informales, ejércitos ilegales.

Atacar los gobiernos es fácil, pero muchas veces poco eficaz cuando no útil a la capacidad incontrolada de los poderes privados. En este caso se configura una “capitulación crítica” (Walzer, 1993) de la intelectualidad ante el poder, el nuevo poder fortalecido que vulnera las instituciones que sirven a los propósitos de la comunidad política.

La ciudadanía

El aspecto que me resulta más irritante entre los síntomas de la intelectualidad de hoy es el desprecio por el demos. La manifestación de esta actitud se apoya en la moderna idea de que la razón es privilegio de unos pocos y la ignorancia patrimonio de las mayorías. Lo dijo mejor Carlos Gaviria Díaz: “la gran mayoría de los colombianos no parecen estar en posesión de un claro criterio distintivo de lo que es lo correcto y lo que es lo incorrecto, de lo que es lo bueno y lo que es lo malo” (Agencia EFE, 2007, 21 de marzo). La gente no sabe; está alienada han dicho otros; Rudolf Hommes decía cortésmente que los colombianos nos hemos puesto una coraza; en suma, la gente es estúpida cuando piensa distinto a nosotros y ante todo cuando piensa mayoritariamente.



Walzer (1993) ha llamado a esto “misanropía”. Quizás es más que eso. No deja de ser un desprecio del principio democrático y una muestra de aristocracia espiritual, a veces difícil de eludir. La intelectualidad siente un impulso antipopular muy fuerte, que Umberto Eco llamó “apocalíptico”, que se detiene ante la consecuencia necesaria de que deberíamos entonces pensar en un gobierno de los justos, los sabios y los bellos. Ya Hannah Arendt había alertado contra la tendencia contemporánea a perder el sentido común, que no tiene en el común simplemente un calificativo impersonal sino que está asociado políticamente a la idea del “común”.

La comunidad internacional

Por supuesto, si el gobierno es malo y el pueblo es tonto no queda nada políticamente hablando. Sólo quedan individuos, personalidades, celebridades. De hecho, un Estado no es más que la conjunción entre gobierno y ciudadanía. Hace poco decía Daniel Samper (2007) que “la patria no es el gobierno”. Pues bien, en un régimen político legítimo –más aún si es democrático– el gobierno es parte de la patria, esa que Samper coloca entre comillas, así sea quizás la parte menos importante.

No es raro, en consecuencia, que se asuma la idea de que Colombia no es una entidad en las relaciones internacionales y que todo el mundo deba con pleno derecho y razón pasar por encima y por debajo de tal sujeto político para hacer política interna, economía interna o guerra interna. Es ilustrativa la manera como en cada pequeña controversia internacional nuestros intelectuales operan siempre como extranjeros. Son ecuatorianos cuando hay fumigaciones, venezolanos cuando hay operaciones en la frontera, gringos cuando se discute de comercio o de derechos humanos, nicaragüenses cuando se hacen festejos nacionales en San Andrés.

Son decenas las columnas de prensa –el medio idóneo de la intelectualidad– en las que se piden todas las semanas intervenciones. De cortes internacionales, organismos multilaterales, países amigos, grupos humanitarios. Siempre por buenas razones, porque se trata de discursos elaborados desde la virtud.

La interpretación

Intentemos ahora una somera interpretación. ¿Cuáles son los criterios que parecen guiar este tipo de apreciaciones que son circulante cotidiano entre los formadores de opinión?

Desde las alturas, no desde la caverna

El primer criterio puede ser el de la actitud olímpica del intelectual. Olímpica en el sentido literal de la palabra, es decir, sentirse como habitante del mundo ideal e incontaminado de los dioses y apartado de la caverna oscura y contingente en la que viven los mortales. Ha insistido mucho Michael Walzer (1993) con la metáfora platónica del mito de la caverna para señalar este problema de la intelectualidad moderna.

Son característicos del pensamiento moderno el perfeccionismo, el universalismo y el agnosticismo morales. El perfeccionismo es la primera tentación moderna surgida de la idea de que es posible construir una sociedad armónica o peor aún de creer que tales sociedades existen efectivamente y que nuestra precaria situación es sólo la prueba de la incapacidad, la ignorancia o la maldad. El universalismo hace caso omiso de las circunstancias históricas y culturales para intentar sujetar el destino de una comunidad particular a un modelo racional y de validez incondicionada. El agnosticismo moral hace suponer que los preceptos que se predicán no tienen nada que ver con la realidad y que el individuo –sobre todo si se trata de un intelectual– no es sujeto responsable de sus prédicas.

La liviandad conceptual, la incontinencia verbal, la obcecación particularista hacen que el intelectual se desprenda de cualquier conexión con la esfera práctica. Aquí la imagen puede ser similar a la Marat en su bañera, calmando sus llagas y escribiendo improperios para los periódicos que luego se convierten en fallos inapelables para que la razón, la libertad, la justicia, echen mano de armas anónimas para despejar el camino. Cuando el pensador canadiense Gerald Cohen (2001) se pregunta “si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan rico?” está cuestionando precisamente tal agnosticismo. No se puede ser civilista más que respetando un pacto constitucional, no se puede ser pluralista más que



promoviendo la deliberación política, no se pueden usufructuar los beneficios de la vida en sociedad más que cumpliendo con los deberes que ello demanda.

Entre el romanticismo y el utopismo

Se comprenderá por qué el pensamiento moderno es utópico y por qué existe tanto revulsivo romántico. El mundo moderno occidental se mueve entre las utopías liberales y las utopías socialistas, todas antipolíticas por definición; ahora más en boga las primeras que las segundas. Es una mala señal que la palabra utopía no esté desacreditada en nuestro medio. Esa mala señal es la que hace que una marca distintiva de nuestro pensamiento sea lo que el maestro Norberto Bobbio denomina “la inmodestia de los ideales”. Lo queremos todo y lo queremos ya.

Se sacraliza una teoría moral o política, se idealiza un régimen existente o prometido, se glorifica a un líder carismático. Eso explica por qué resulta intolerable la diferencia, porque en este razonamiento la diversidad de opiniones sólo puede ser resultado de la mala intención o de la mala educación.

El utopismo es una exacerbación de la idea moderna del progreso. Los liberales universalistas siguen acariciando el sueño del presidente Woodrow Wilson ahora convertido en pesadilla por W. Bush. Muchos socialistas hacen caso omiso de las ruinas del Muro de Berlín o de las renunciaciones de la teoría (véase el libro de Antonio Negri “Adiós al socialismo”).

La otra cara de la moneda, bastante frecuente en nuestro medio, es una especie de reacción romántica ante los sueños frustrados de la modernidad. Se trata de un utopismo al revés que supone que en el pasado éramos una especie pura que vivía en una sociedad ideal y que desde entonces lo único que nos pasa es para peor. Lloramos la crisis de los partidos políticos como si los que teníamos fuesen los mejores; nos agobia el reformismo económico como si en Colombia hubiese existido algún estado de bienestar que mereciera tal nombre; nos rasgamos las vestiduras por las investigaciones criminales de hoy como si no se trataran de un pasado que intentamos dejar atrás.

El alumbramiento cruel

Hace poco Umberto Eco se preguntaba, pensando en su Italia claro está, si toda esta quejadera significaba que estábamos mejor cuando estábamos peor. Tanta crispación conduce al desespero. Walzer (1993) advierte que el ejercicio solitario del pensador desconectado contribuye a los “alumbramientos crueles” (p. 230). Creo que existe una coherencia entre el intelectual olímpico, el pensamiento utópico y la justificación de la violencia.

Digamos, en principio, qué de la violencia. La justificación psicológica, sociológica, económica, que luego hacen de los victimarios los protagonistas y sujetos de la misericordia pública. A decir verdad es un mal más atribuible a los especialistas que a los intelectuales. Cosa distinta pasa con ese otro tipo de violencia que es la guerra. Hay un debate candente hoy en el país sobre el problema de las conexiones entre la guerra y la política. Políticos e intelectuales actúan como el sujeto de la guaracha de Daniel Santos: “yo sé nada, si algo pasó yo no estaba allí”. Pensemos, por ejemplo, en el entorno intelectual del Partido Liberal que con argucias legales se escabulle para eludir dos décadas de responsabilidad alentando paramilitares acá y guerrillas allí. Ahora se nos quiere hacer olvidar quién era Presidente y quién Ministro de Defensa cuando nacieron las AUC. O, vengamos a las últimas semanas cuando muchos clamaban porque el debate sobre las conexiones entre el Polo Democrático y las FARC era una campaña gubernamental de propaganda negra.

La justificación de la violencia es un elemento moderno. La Revolución Francesa la hicieron los liberales, la rusa los comunistas, los conservadores hicieron lo suyo para propiciar todo tipo de restauraciones. Cuando Posada Carbó insiste en la carta de los intelectuales de 1992 me da la impresión que está recordando un acuerdo que tiende a olvidarse con frecuencia.

Subvaloración del acuerdo moral

La víctima de estas vertientes de pensamiento es la comunidad política. Ya se dijo, el gobierno es malo y el pueblo torpe, toda conducta de nuestro Estado reprobable y toda intervención foránea bienvenida. Es una peculiaridad extraña en el mundo de hoy. Es una novedad el



entusiasmo nacional en el país; eso puede explicarlo. Si mi memoria no es muy acomodaticia se remonta a los triunfos futbolísticos de comienzos de 1990 que coincidieron con la nueva Constitución Política y los acuerdos de paz. El uso común de los símbolos patrios tiene apenas una década.

Pero, es una actitud extraña. En un debate entre Posada y García Villegas, el primero aseguraba que “no todo sentir patriótico debe identificarse con el fanatismo” (Posada, 2006). Una expresión bastante débil: en pocos países del mundo no se habla hoy de patriotismo. Con apellidos diferentes claro está, con nuevos significados. Patriotismo constitucional, dice Habermas; republicano decía la socialista francesa Segolene Royal; los alemanes volvieron a entonar su himno hace poco y los suecos establecieron el día de la bandera en el 2004. Acá hay que disculparse por cualquier sentimiento patrio.

Por supuesto, cuando se miran los efectos catastróficos de muchos nacionalismos, podemos congratularnos por nuestra frigidez y pensamos que ese escepticismo suele ser saludable en muchos casos. Hay que dudar de las exaltaciones. Pero otra cosa es el desprecio por los acuerdos morales de la comunidad política, por la tradición –he enunciado una palabra desvalorizada- a la que estamos uncidos. Si pensamos en la importancia de la comprensión por los propios, la compasión con quienes comparten nuestra historia y nuestra cultura, podemos asegurar que así el patriotismo no sea una virtud, con seguridad que el antipatriotismo es una vergüenza, es falta de decoro.

Sobrevaloración del desacuerdo

El intelectual siempre tiende, es parte de la postura intelectual, a estar en desacuerdo. Pero, esta postura se justificaba cuando el poder político era una fuerza aglutinadora, intensa e insoportable. Y la mejor actitud ante el poder político, entonces por supuesto, era una actitud de disenso, de disidencia, en la que quienes intentamos ejercer algún trabajo intelectual nos sentimos cómodos. Es lo que un profesor español llama la “sobrevaloración del desacuerdo” (Innerarity, 2006). El problema es que la sociedad contemporánea es una sociedad fragmentada, es una sociedad donde el desacuerdo no necesita ser fomentado. El desacuerdo está dado en la estructura de la vida política y de la vida social, cuando se ha fragmentado, no sólo el poder del Estado, en distintos niveles

dentro de la misma estructura institucional, sino cuando el Estado compite con otros poderes que le son casi pares, en el nivel económico, en el nivel biológico, incluso en el propio nivel político. Esto se agrava en el caso colombiano: donde hay más individuos que sociedad y en la que un individualismo exacerbado y una anomia mal disimulada pretenden ser curadas con altas dosis de liberalismo, algo así como amarrar un gato con longaniza.

Sugerencias

Termino con unas sugerencias de Isaiah Berlin y por supuesto con lo que ya es una enfermedad profesional de los filósofos que es tratar de buscar un sustrato común en las experiencias políticas de una época.

A diferencia de la discusión que se insinúa frecuentemente entre liberalismo y socialismo, o entre derecha e izquierda, yo asumo otra interpretación. Creo, como en ciertas corrientes de la filosofía política, que el liberalismo y el socialismo son expresiones políticas del pensamiento ilustrado y que en ese sentido las disputas entre liberales y socialistas son, por decirlo así, disputas en familia, son disputas entre ilustrados. Lo interesante no es esta apreciación sobre la que podemos tener muchas discusiones, sino llamar la atención sobre unas exacerbaciones o derivas que ha tomado el pensamiento ilustrado contra las que quizás podamos discutir. Lo interesante es la crítica del pensamiento moderno y del liberalismo y del socialismo modernos como ideologías políticas. Al respecto, uno de los aportes más significativos es el trabajo que hace Isaiah Berlin, sobre todo, en su texto: *La traición de la libertad*. Berlin elige, entre otros, como enemigos a Rousseau, a Saint-Simon y a De Maistre, de quienes pudiéramos decir que de algún modo son los precursores de la democracia (Rousseau), del socialismo (Saint-Simon) y del pensamiento reaccionario (De Maistre) modernos. Al hacer una lectura entre líneas de estas conferencias de Berlin que permiten ver otros blancos de su mordacidad, identificó como adversarios solapados a Voltaire, Condorcet y Jeremy Bentham, es decir, los padres fundadores del liberalismo moderno y los prototipos del intelectual ilustrado.

Esta crítica de Berlin al liberalismo ilustrado y al liberalismo moderno puede ser útil en la Colombia contemporánea, porque enfatiza tres aspectos



que permiten una crítica a la tradición liberal. El primer aspecto consiste en que lo que debería primar en la política contemporánea es el pluralismo de valores. El pluralismo de valores se opone a lo que Berlin denomina el monismo. Para Berlin las concepciones liberales clásicas del siglo XVIII y del XIX –por supuesto, también las concepciones socialistas son concepciones monistas- implican una cosmovisión fuerte, unos principios universales racionales que hacen suponer que la definición que hace Bentham del intelectual sea cierta, es decir, el intelectual debe decir la verdad, debe buscar la verdad por encima de todo. Berlin dice: señores modernos, ¿ustedes no han leído a los románticos?, ¿se han enterado de que no existe una cosa que se llame la verdad con mayúsculas? Y, en todo caso, ¿que no se trata de una cosa que pueda surgir de la sabiduría o del conocimiento racional del intelectual o del científico?

El segundo postulado de Berlin es que la vida social y la vida política son trágicas, son de elecciones; los seres humanos y los grupos sociales siempre estamos enfrentando problemas y tomando decisiones difíciles, entrañan elegir algo, algo de lo que casi siempre no estamos muy seguros y conlleva renunciaciones a otras cosas, bienes y fines. Esta visión trágica de la política se aparta radicalmente de todo tipo de pensamiento utópico, es decir, de toda idea, según la cual, de que es posible establecer alguna sociedad armónica. Berlin encuentra allí uno de los principales defectos de la modernidad, la idea de encontrar el hombre perfecto, el hombre nuevo de los socialistas, o la sociedad libre de los liberales. De alguna manera Berlin quiere recuperar la prudencia clásica por la cual San Agustín, por ejemplo, pretendía que todavía tenía que existir una frontera, una muralla divisoria sólida entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre.

Y el tercer criterio, es uno que le aparta tanto de una característica al liberalismo del siglo XVIII y del siglo XIX que es el despotismo ilustrado como de las características conflictivas del pensamiento socialista moderno, y es que Berlin dice que, puestos en una situación de elección, puestos en una situación trágica, puestos en una situación de competencia de valores, lo que necesitamos es el compromiso. Ahora, Berlin acepta que las posibilidades políticas del compromiso son precarias, el compromiso siempre es contingente, pasajero, cotidiano y entonces, en lugar de una empresa para lograr algún tipo de sociedad ideal –como en ciertos programas de la filosofía política contemporánea– en lo que deberíamos

embarcarnos es en la construcción de una especie *modus vivendi* en el que estos valores distintos y estos fines distintos vayan encontrando puntos de acuerdo cotidianos a través del tiempo.

Así que a diferencia de lo que plantea Eduardo Posada Carbó, creo que el padre del viejo clima intelectual colombiano no es el socialismo, es el liberalismo, el liberalismo perfeccionista, universalista, antipolítico, antiestatal, característico de Voltaire, característico de Condorcet, característico un poco menos de Benjamin Constant, quien en esto era bastante más reposado y más prudente. Bueno, Constant finalmente no era sólo un intelectual, sino también un político en tres regímenes distintos y eso le permitía entonces guardar este tipo de distancia. Esto supone pensar en un tipo de liberalismo distinto, de ese liberalismo moderno que creo yo es el que está en las fuentes de la intelectualidad colombiana.



Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos. (2006). *Intelectuales. Notas de investigación*. Bogotá: Norma.
- Caballero, Antonio. (2006, enero 5). *El intelectual y el político*. Revista Semana, (1234).
- Cohen, Gerald A. (2001) *Si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan rico?* Barcelona: Paidós.
- Posada, Eduardo. (2006, junio 16). *El lenguaje del patriotismo*. El Tiempo.
- Innerarity, Daniel. (2006, febrero 22). La posibilidad de entenderse. El País.
- Samper, Daniel. (2007, mayo 8). *La ropa sucia de los 'antipatriotas*. El Tiempo.
- Walzer, Michael. (1993). *La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el siglo XX*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Zaid, Gabriel (1991, enero 4). *Intelectuales*. La Prensa.